



LA VIOLETA,

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

De la mujer. — A un lucero, poesía. — El árbol de Natividad. (Continuación.) — La moda. — Album de *La Violeta*: Revista de teatros. — Salones. — Explicación del figurín. — Advertencias.

DE LA MUJER.

I.

Las mujeres que comprenden bien sus derechos y deberes como madres de familia, no tienen motivo para quejarse de su destino.

MAD. SIBET. (*La madre de familia.*)

La civilización no es privilegio sino de aquellos pueblos en que la dignidad de la mujer se halla restablecida en su pristina pureza: en el Oriente existe aun una humanidad bárbara, y no tiene otro origen que la servidumbre de la mujer.

La antigüedad no concebía el imperio de la mujer sin asociarle á una crueldad excesivamente perversa: las espartanas ahogaban á sus propios hijos sin remordimientos, cumpliendo una ley de la patria: aquellas generaciones san-

guinarias casi casi se hallaban dispuestas á divinizar el suicidio de las Lucrecias y Cleopatras. Indudablemente: no se puede negar que ha habido siglos en que no se concebía lo bello, sino en la dureza de lo terrible.

Para que la mujer reine sobre el corazón de los hombres, no necesita apelar á esas formas violentas que arrugan nuestros afectos: ni esclavitud ni ferocidad; la basta solo ser mujer.

Una mujer que en plena civilización pretenda ejercer su soberanía, adoptando el sistema del terror, se hace más desgraciada que la esclava turca, porque se acarreará, no el desprecio, sino el odio de los hombres.

La condición de las cosas terrestres evidencia este aserto. Existen dos soberanías en el mundo que se le reparten mutuamente, porque es de hecho patrimonio de ambas; la soberanía del hombre y la de la mujer: la diferencia de sexos ha establecido naturalmente los fundamentos de este reinado dual, señalando á cada uno sus atribuciones respectivas.

El hombre domina por su fuerza y por su inteligencia: la mujer por su hermosura y por la suavidad de sus sentimientos: en nuestro corazón, los gérmenes de esas pasiones violentas generadoras del estrago: en el de la mujer el núcleo de esa ternura inagotable que nos seduce y estasia, que nos inspira el bien con su mágica belleza: es el sér de la mujer como el complemento de nuestro sér, como el tesoro de armonía que nos presta lo que nos falta: por eso atravesamos unidos el Océano de la vida, compartiendo un destino común.

La mujer, nadie lo desconoce, es el paño de lágrimas de la humanidad. Todo se suaviza en su derredor, todo se reviste de formas seductoras, todo se dulcifica, todo se puebla de virtudes: ese raudal hermoso de las generaciones vivientes, se halla nutrido con las gotas de su corazón: su regazo ha servido de cuna á todos los hombres: en su seno depositó el Hacedor los gérmenes de esa flor de la vida, que empieza en la creación y se pierde en el infinito: su poder se extiende á todos los tiempos y á todas las edades: es un poder que no reconoce pasado, presente, ni porvenir, porque está asociado á la naturaleza humana.

En una esfera superior, la mujer es una especie de ángel custodio que vela constantemente por la felicidad humana y realizando en su tránsito un eterno sacrificio: madre, es la providencia del hombre niño; esposa ó hermana, es una tierna figura que se reviste de hechiceros arreboles para verter suaves rocíos de júbilo sobre nuestro verto corazón, siempre asaltado por el vértigo de las pasiones de la carne: allí donde los padecimientos físicos engendran la tortura de los órganos, allí aparece la dulce enfermera que con su tino prodigioso, con su esquisito cuidado nos llena de fortaleza y conformidad; allí donde los pesares morales arrancan del alma lágrimas abrasadoras, allí se ofrece rodeada de encantos para enjugar nuestro llanto con su cendal, y para despertar con su mágica voz un santo alborozo en nuestro pecho. Hasta el que pone el pié en el abismo del crimen, merece de la mujer esa redención admirable que evita el remordimiento: siempre derramando el bien sobre esta pobre humanidad, la mujer se aparece como un bello iris de paz

dispuesto á cobijarnos con su manto como una sombra benéfica interpuesta entre vuestro infierno y nuestro cielo.

A la mujer únicamente está reservada en este mundo esa delicada misión de trasformarlo todo á nuestros ojos; bajo su planta se encorvan las espinas y reverdecen las flores: su aliento soberano ahuyenta las nubes de nuestro corazón, y el albor de su mirada siempre límpida y serena, es el rayo de luz que enciende en nuestra frente ideas benditas que nos inundan de alborozo.

Nada en la tierra se resiste á este poder en sus múltiples aspectos. Tratándose de los criminales endurecidos, última degeneración del hombre, siempre encontrareis una fibra en su corazón dispuesta á sentir el bien que inspira el mágico sonido exhalado por los labios de una mujer: hasta el reino animal, desheredado de inteligencia, parece doblegar su instinto bravío y salvaje ante su blando imperio, y allí donde el hombre busca recursos en su fuerza para imponer el yugo al toro bravo, allí la mujer sin más auxilio que su tierna debilidad, amansa á la vaca para quitarla su leche y su manteca, patrimonio del becerriño juguetón.

El corazón de la mujer es la fuente tesoriada de sentimientos preciosos que no parecen encarnar en la tierra: solo su pudor es el arma terrible que la defiende de las agresiones salvajes: sus ojos, inflamados por la antorcha de la honestidad, tienen el poder de ahuyentar á los malvados: su amor al bien, su predilección á lo bello, siendo á la vez el tipo de lo bello, su piedad, sus virtudes, parecen rematar en el cielo: es su imperio en este árido baldío la única fórmula de amor que hace fuerte su debilidad, asociándola á la armonía de las más inocentes afecciones: es su ternura un eco eterno de gloria siempre dispuesto á despertar en nuestra alma grandiosas sensaciones: nuestros vanos sistemas jamás realizarían lo que puede una mujer, y sin embargo, todavía cantamos poemas al heroísmo del vicio, y reímos como idiotas cuando satiriza á la mujer un poeta de gaceta.

La patria, nuestras instituciones, el progreso bien entendido no pueden prescindir de la cooperación de la mujer para llevar á cabo su em-

presa de engrandecimiento: el Océano de la vida pública se nutre en esa ola de la vida doméstica, cuyas gotas están formadas por la familia, esa divina institución, donde la figura de la mujer descuella la primera como alma y vida de ese álveo que forma el raudal de las generaciones. No es la mujer en la sociedad doméstica la que da el ser simplemente á nuestros hijos, porque esto lo hacen todos los animales; es la que forma hombres, la que enriquece su corazón, la que los habilita para su destino. Presentadme un sér en cuya educación no haya influido la mujer, y estoy seguro de admirar un fenómeno.

Del seno de la mujer se desprende esa gota dorada de la ventura que tampoco se suele multiplicar en este mundo: en los hospitales, en los hospicios, en todas las instituciones de la beneficencia, la mujer, siempre la mujer derramando la felicidad.

(Se continuará.)

LEANDRO ANGEL HERRERO.

Á UN LUCERO.

Hermoso lucero mío,
El de vislumbres de plata,
Postrer alio de la noche,
Primer sonrisa del alba.

Así la pálida luna
A tu amor se muestra blanda,
Pues en pos de ella diriges
La rueda leve de nácar.

Así te diga el secreto
De las flores y las auras
El siglo con alas de oro
Que en tus albores se baña.

Así el crepúsculo tihio
Prenda en sus velos de gasa
Su resplandor acarino
Radiante broche de llama.

Que no te me anubles triste
Con manto de niebla parda,
Mira que el medroso pecho
Se oprime con pena vaga.

¡Ay de mí! Bien no me anuncia
El nublado que te empaña.
¡De luto estas, y yo triste
Pidiendo albricias llegaba!

Quítale, blanco lucero;
Tu cendal remite al aura,
Y brille tu blanda lumbre
Á mis ojos muy más blanda.

Ya lo ves: á saludarte
Con pueril gozo llegaba,
Y á través del llanto triste
Miro ya tu lenta marcha.

¿Qué mucho? ¡Ay! ¡Al dolor siempre
Rendi tributo de lágrimas,
Y es mi ventura tan niña
Que de las sombras se espanta!

ELENA G. DE AVELLANEDA.

EL ÁRBOL DE NATIVIDAD.

HISTORIA ALEMANA.

(Continuación.)

Aunque Steuben era un infatigable trabajador y su mujer una excelente ama de casa, estaban muy lejos no solo de nadar en la opulencia, sino aun de tener lo suficiente para satisfacer las necesidades más indispensables de su numerosa familia. Tenían ocho hijos, de los cuales dos solamente, Margarita la hija mayor, y su hermano Herman, estaban en edad de ayudarles un poco á sobrellevar la pesada carga que les agobiaba. Despues de ellos, el mayor tenía diez años, y el último no estaba todavía fuera de la cuna.

Por esta razon el guarda se habia visto obligado á enajenar en diferentes ocasiones algunos trozos de tierra que su mujer le habia llevado al matrimonio, y á pesar de esta resolucion estrema, vióse una tarde precisado á empeñar su casita que se encontró bien pronto gravada, alcanzando la suma prestada y los intereses, casi al tanto de su valor.

Un julio, Nathan Goritz, le tenía hechos aquellos adelantos naturalmente con un rédito crecidísimo, como prestan los israelitas alemanes que especulan en ese país pobre y sin industrias

sobre la miseria de los infelices cultivadores.

Nathan Goritz, que veía en la casita y el jardín de Steuben una importante adquisición, habíale ido prestando aquellas sumas con la idea de al cabo de cierto tiempo apropiársela para sí, según lo tenía de costumbre en otros casos semejantes.

Al considerar la posición en que se encontraba por la inmediata é inexorable expropiación, el honrado Steuben experimentaba algunas veces un desconsuelo profundo, abandonándose á las reflexiones más amargas. La sombra de Goritz le perseguía como una amenaza, y al ver de lejos la escuálida figura del usurero, imaginábasele que la ruina en persona avanzaba hacia él.

Sin embargo, aquel día olvidó sus preocupaciones habituales, y se sentía dichoso al contemplar en torno suyo las redondas y frescas mejillas de sus hijos, radiantes en aquella noche solemne de dulce felicidad. Escuchaba como una música celestial su ruidosa algazara, sus exclamaciones, sus gritos de sorpresa ante el árbol de Natividad.

Al llegar la noche los niños fueron, según tenían de costumbre, á dar el beso y las buenas noches á Steuben y á su mujer Dorotea, retirándose después á sus cuartos, no sin echar una última y furtiva mirada sobre el árbol, ya puesto en su caja y colocado en el centro de la habitación.

Al cabo de una hora y cuando ya los creían dormidos, Steuben encendió las bujías que se veían brillar con una luz misteriosa á través de la verdura, y Dorotea cuelga á las ramas los juguetes de brillantes colores, sobre los cuales la llama de las luces y la del hogar arrojaba sus luminosos reflejos.

En fin, el momento solemne llegó. Dorotea entró en la alcoba de los niños, después en la de las niñas; y ellos, que soñaban quizá con el árbol milagroso, se despertaron al escuchar estas mágicas palabras:

—«Levantaos; ya el Señor ha nacido.»

Instantáneamente levantáronse todos y entraron con indecible entusiasmo batiendo palmas y manifestando en todos los tonos su admiración, así que apercibieron el árbol luminoso car-

gado de los presentes llevados por el Niño Jesús.

La calma se restableció á grandes penas; entonces Steuben procedió á la distribución empezando por el más pequeño, que recojió su cordero blanco con collar de rosa, con una satisfacción que su sonrisa explicaba á falta de palabras.

(Se concluirá.)

LA MODA.

No creais, amables lectoras, que voy á describiros los trajes más elegantes, las telas de más favor, ó las confecciones de más gusto: mis amables compañeras habrán llenado con su reconocida maestría y notoria competencia la más importante sección del periódico, puesto que está consagrado á esa caprichosa deidad; dejo, pues, á su cuidado la agradable misión de poneros al corriente de las novedades que en punto á trajes, adornos ó prendidos haya adoptado el mundo fashionable, y paso á manifestaros lo que es para mí la moda y la influencia que en mi pobre juicio debe ejercer en el hogar doméstico primero, y en ese gran conjunto que llamais sociedad después; pero no esperéis tampoco una disertación filosófica y ajena á mi propósito.

Que el seguir la moda ó darla culto es una necesidad, lo mismo para la jóven aturdida, coqueta y casquivana, que para la señora grave ó el hombre sesudo y pensador, es una verdad tan reconocida que me parece inútil señalarla; que un amor excesivo á las novedades puede convertirse en un capricho ridículo, pueril y perjudicial, pues viene á dar en el vicio del lujo, de esa pasión que hoy hace la ruina de más de una familia, no hay para qué decirlo, pues todas lo sabeis: así pues, mi artículo se reduce á poner de manifiesto á los ojos de las lindas y jóvenes suscriptoras de LA VIOLETA las ventajas de la moda.

Me figuro en este momento ver vuestra pequeña mano doblar con indiferencia las hojas del periódico, como cediendo al pensamiento, para ver si será muy largo mi escrito, al mismo tiempo que vuestra rosada y linda boca hace un gesto de disgusto y de impaciencia, como si

quisiérais decirme: «Poco nuevo puedes ofrecerme, puesto que somos maestras en el arte de agradar, que es el principal atributo de la elegancia.» Tal vez sea así, y desde luego me declaro inferior á la menos diestra de mis lectoras; pero hay otros puntos en esa necesidad que llamais *moda* en los que quizá no habreis reparado, y para evitaros indigestas cavilaciones os voy a poner de manifiesto.

La opinion general atribuye á la moda cualidades que no tiene; hay personas que creen ver en ella, el terror de la ruina y de la miseria, y la hacen siempre compañera inseparable del lujo; y esto, queridas lectoras, es un error: el lujo y la elegancia, son dos cosas tan distintas, como lo son el orden y la economía bien entendidos y la miseria ó la ruindad.

¿No os ha acontecido alguna vez ir á una sociedad ó á un teatro y hasta en el paseo mismo y ver pasar á vuestro lado á una mujer quizá jóven y bella, llena de adornos y sobrecargada de ricas telas, que os ha hecho esclamar: « *Parece que la han vestido sus enemigas: qué combinacion de colores tan ridiculos; qué lástima que lleve el peinado tan exagerado, porque en verdad no es fea; pero lo parece por su mal gusto.*» Y bien, queridas, ¿creéis que porque esa desdichada carece del instinto de lo bello le habrán costado más baratas las telas y las blondas con que vá adornada? Seguramente que nó, me contestareis. ¿Negareis que vale un dineral lo que lleva encima? No. Pues bien, entonces será forzoso confesar que vá ricamente vestida, que lleva lujo en una palabra; pero olvidad por un momento á esa máscara sin careta, y fijad vuestra atencion en aquella otra jóven que con su sombrerito, confeccionado quizá por ella misma, con tanta sencillez como buen gusto, ó que airosa lleva un ligero velo á la española, que deja adivinar á través de las ondulaciones de su vestido de gasé liso ó bajo su airoso abrigo de paño sin pretensiones, pero hecho con gusto, las esbeltas formas de su lindo talle, y confesad que volveis con placer la cabeza para contemplarla diciendo al mismo tiempo: «*vá tan elegante como sencilla;*» y en efecto, sombrero, traje y abrigo, seguramente no valdrán la tercera parte que el rico adorno de la señora cuya vista os hizo una impresion desagradable. Hé

aquí, pues, probado en un solo ejemplo, que la riqueza y la elegancia son dos cosas muy distintas y que no siempre van unidas.

Algunos creen que el buen gusto, que el sentimiento de lo bello es innato en la mujer, y que por lo tanto no necesita lecciones para formarle; esta idea fué sin duda la que prevaleció á la aparicion de tantos periódicos de modas como hasta ahora han aparecido y muerto casi al mismo tiempo de nacer: hoy es otra cosa; las madres comprenden la necesidad de acostumbrar á sus hijas desde el momento que entran en los salones del gran mundo á vestirse con sencillez, comprenden que su trajecito bien hecho, aunque sea de una tela humilde, puede rivalizar con los de gran precio, sobre todo en las jóvenes, cuyo mejor adorno es su juventud misma; que las costosas telas, las joyas y los adornos escesivos sientan mal en una señorita de pocos años, cuyo principal adorno debe ser la sencillez, que es la que hace más visibles sus gracias naturales: los periódicos de modas pueden fomentar además su afición á la lectura y al trabajo.

Porque facilitándoles los medios de ir siempre bien vestidas, su deseo de lucir y de no parecer ridiculas en sociedad hará que se ocupen con gusto en el arreglo de sus vestidos, en la reforma de sus adornos y demás, siempre enojosa y pesada cuando se trata de composturas, así como son agradables y entretenidas tratándose de cosas nuevas. Todavía hay otras razones más en apoyo de la necesidad, cada dia creciente, de esta clase de publicaciones. Como las madres, por más que sean justas y razonables en sumo grado cuando se oponen al capricho de sus hijas, estas creen ver en sus negativas más que el verdadero interés y el leal consejo, una mira de economía ó un abuso de autoridad, conviene que crean en el consejo de una estraña, y que ningún interés tiene en que luzcan ó dejen de gastar costosas telas la conveniencia de ir sencillas, entonces será cuando las observaciones de sus madres tendrán para ellas todo el valor que deben tener; y luego como muchas de esas jóvenes, aunque al lado de sus padres tengan una existencia desahogada, y aunque su buena suerte las conduzca á elejir un marido complaciente, y de una posicion que la permita ofre-

cerla cuantas comodidades son apetecibles en una mediana posicion ó en un rango elevado aunque lleguen á verse en el pináculo de la fortuna, pueden por uno de esos caprichos tan frecuentes en esta volcandosa deidad, verse espuestos á las privaciones, á la falta de medios y quizá á las necesidades, sin que por esto las sea permitido ir ataviadas como las mujeres del pueblo, sino que es necesario que conserven en el mundo la compostura y la decencia que su clase las obliga á guardar. Ahora bien; dado este caso, ¿será posible desconocer que la costumbre de cortar y hacer sus trajes las será conveniente y las reportará grandes economías? Que para esto son necesarios patrones, dibujos y modelos que fomenten la afición y faciliten su habilidad, tampoco puede dudarse; y cuando á esto se une discretos artículos de historia, moral ó religion, entretenidas y útiles novelas y consejos prudentes de economía doméstica, forzoso será confesar que los periódicos de modas están llamados á figurar en todos los casos donde se comprende bien lo necesario que es para el buen gobierno el orden y la economía.

Respecto á la influencia de la moda en la sociedad, solo diré dos palabras para concluir.

Si las costumbres de los pueblos dan una idea de su civilizacion, las personas que en sociedad visten con buen gusto, pero sin afectacion, que con su aseo y su medianía nos hacen comprender que la elegancia no la hace la riqueza, y á su vez nos dan la seguridad de que en todas las fortunas cabe la consideracion, y que por medio de la economía y de la buena distribucion de sus caudales á todos les es lícito ocupar en el mundo el puesto que saben conquistarse, figurando los pequeños al lado de los grandes sin desdoro, y compartiendo con ellos el aprecio y la consideracion de las personas sensatas.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

SALONES.

Con las fiestas de Navidad parece que han cobrado vida los círculos elegantes de la Corte. Por todas partes se oye hablar de comidas, bailes y saraos de más ó menos confianza. Nuestros augustos Reyes han inaugurado las fiestas de invierno celebrando en el régio Alcázar una

funcion tan suntuosa como variada y amena: habíamos del baile celebrado la noche del lunes para festejar el cumpleaños de la infanta Doña Isabel, su augusta hija. Las papeletas de convite se extendian esta vez á los niños de tres á catorce años, y desde luego dejaban adivinar que ofrecería ese encanto que S. M. sabe imprimir á la menor de sus acciones, revelándose en esas recepciones, más que en ninguna otra, la bondad de su carácter y el tierno y cariñoso afán con que desea complacer á sus amantes hijos.

Escusado nos parece consignar que la concurrencia, así de niños como de damas de la nobleza y particulares, fué tan escogida como numerosa, y que la elegancia y la riqueza competian con la hermosura, viéndose poblados los salones del régio Alcázar de cuanto la Corte encierra de notable en nacimiento, riqueza y talento. S. M. vestía un sencillo traje de crespon blanco; y en lugar de la rica diadema, ostentaba en la cabeza una elegante corona de rosas blancas, adornando su pecho un aderezo de jacintos y brillantes de tanta riqueza como buen gusto.

Pasando á los particulares, diremos á nuestros lectores, que en el Liceo Piquer se preparan á verificar las primeras funciones de la temporada, cantándose en su lindo teatro por los distinguidos aficionados que componen la sociedad, los actos del *Trovador* y *Hernani* y la ópera *Norma*, que probablemente será con la que comiencen dichas funciones.

Que los Sres. de Soler se disponen tambien á abrir sus salones, dando en la Pascua probablemente uno de esos suntuosos bailes, que no tienen rival por su riqueza y esplendor; y en fin, que la Sra. baronesa de Ortega está disponiendo en sus habitaciones un teatrillo para dar en él funciones este invierno, que, aunque de mucha confianza, prometen ser agradabilísimas, si se tiene en cuenta la gracia y el talento de la señora baronesa.

He aquí, bellísimas lectoras, las novedades que por hoy podemos noticiaros, y cómo no nos faltaba razon para decir que las fiestas de Navidad han traído la vida y la animacion á los círculos elegantes de la Corte.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Album de LA VIOLETA.

Pasó el turbion de *Noche-Buena*.

Pasaron las Pascuas.

Todo pasa en este mundo.

Sin embargo, como en la época actual pasa todo alegremente, empecemos dando un voto de aplauso á este periodo de *pavos* y de succulentos manjares.

Bastante tiempo nos queda para consagrarnos á los *pollos* y á los *gallitos* con espolones: el pavo es la cuestión del día.

Digo que los *pavos* de Navidad ofrecen al paladar delicias devoradoras, por más que abran tan profunda brecha en nuestros bolsillos.

Y en punto á brecha debo hacer honor á ciertos pavos que se expenden en algunas confiterías mediante la suma de 120 reales.

En mi concepto, estos pavos tienen las barbas demasiado largas.

Solo que los pobrecitos han llegado *velis nolis* de París de Francia, y aquí tienen mis amables lectoras la razon de su aumento de precio.

Un pavo español, de buena raza, legítimo, molettado, que parece incitar á devorarlo, cuesta tres napoleones de plata.

Un pavo tísico, cadavérico, de largas patas, y pescuezo como un hilo de calretas, pero que ha recorrido trecientas leguas á caballo sobre una locomotora, y que tiene en París su partida de bautismo, cuesta hoy en la plaza 120 reales. ¡Magnífico!

Pero yo, que soy español legítimo tambien como los pavos de tres napoleones, me constituí desde ahora defensor de sus derechos, y afirmo con toda la fuerza de mi cerebro que un pavo gabacho es un liliputiense inverosímil al lado de un pavo de buena casta española.

Un amigo mio que cena todas las noches conmigo en un *restaurant* español, tuvo la humorada de abandonarme hace tres noches por ir á cenar á un *restaurant* donde se habla francés.

El supradicho amigo se hizo servir una chuleta; pero si no fué de perro, ignoramos aún á qué género pertenecía; porque segun nos ha dicho, le acosaron ganas de ladrar desde el momento que la clavó los dientes.

Lo más gracioso del caso es que la chuleta

le costó triple de lo que se abona en el *restaurant* español.

Pero dejemos esto; porque pagar caro y comer males de buen tono, y estamos por el buen tono, aunque nuestro individuo tenga que sufrir algun deterioro.

Volviendo á los *pavos*, digo, que no ha sido flojo el regimiento de *pavia* que ha *paveado* estas Pascuas por esas calles.

Bien se ha pelado la pava.

No esa pava seductora y graciosa que se pela entre dos amantes *comme il faut*, sino esa gran pava de Navidad que deja alborozados los estómagos por unos cuantos dias.

Esta si que es una pava eminentemente realista y halagadora.

La otra consuela á la imaginacion, la hace discurrir por entre rocíos de frescura y campos de color de rosa; pero esta tiene el doble merito de confortar el cuerpo y de alegrar las fauces.

Ambas son dos hechiceras *pavas*; y no sé á la verdad por cuál me inclinaria mejor: sin embargo, creo que con las dos se puede hacer una deliciosa amalgama, aunque haya en la vida humana una época en que cada una reine con exclusivismo.

He dicho con exclusivismo, porque nadie duda que hay una época en que el hombre no piensa en comer por *pelar la pava*, y otra en que el hombre se vuelve tan admirablemente gloton, que solo piensa en comer.

Pero como la virtud está siempre en el medio de todas las cosas, yo estoy por la virtud, y no deseo separar con dos líneas asíntotas estas dos adorables extravagancias.

Al contrario; creo que nada hay más natural que *pelar la pava*, sin privarse de comer el pavo.

Nunca he visto reñir al pavo y á la pava, y no debe haber razon para que los divorcie el hombre en cualquiera época de su vida, ya sea un viejo avaro, ya un *petite lion* que saborea el *far niente* del primer amor.

Pasemos á recorrer los teatros, aunque no sea más que ligeramente, por el poco espacio que nos queda.

En Variedades se estrenó el 19 del actual una comedia en tres actos y en prosa, original del Sr. Zamora Caballero, con el título de *La Piedra de toque*.

El autor ha debutado con esta obra en el arte dramático.

Está escrita con finura y corrección; no carece de cierta *vis cómica* de buen género; pero revela todavía alguna inesperienza, y no hay diseño completo en los caracteres ni riqueza de detalles.

Sin embargo, la concurrencia se entretuvo agradablemente.

El autor debe alentarse para lo sucesivo; trabajar con fe, confiándose á los recursos propios de su inspiración, y no dudamos que conseguirá triunfos halagüeños en la difícil carrera que ha emprendido. — Los actores desempeñaron bien sus papeles, especialmente Mario y la señorita Hijosa.

En el mismo teatro se estrenaron dos obras originales en día de Navidad, la una por la tarde y la otra por la noche.

La de la tarde se titula *El Suplicio de Tántalo*, comedia de gracioso, en tres actos y en prosa, de D. Emilio Mozo de Rosales.

Es una obra cómica de buen gusto, animada y chispeante en medio de su encantadora sencillez.

Su interés crece progresivamente; sus caracteres, aunque exagerados, no pierden en el diseño su buena proporción é intencionalidad. Es una obra que proporciona un buen momento de solaz á los espectadores, y un nuevo testimonio del aprovechamiento del Sr. Rosales en su carrera de autor dramático.

La de la noche se titula *La Corte de los Milagros*, comedia en tres actos y en verso, original del Sr. Picon.

Alcanzó un éxito lisonjero.

Está escrita con notable soltura y facilidad. Contiene chistes de buena ley y efectos de verdadero carácter cómico. En su ejecución se distinguieron mucho Romea y la Berrobianco.

En el Circo se estrenó una zarzuela en tres actos y en verso, original del Sr. Pina, con música de los Sres. Inzenga, Reparaz y Arrieta. Cada uno de estos señores ha puesto la música á un acto.

Se titula esta obra *Un Trono y un desengaño*.

El libreto es demasiado pobre; la acción inverosímil, y no está escrita con la debida corrección. Los caracteres falsean más de una vez. En cuanto á la música, en concepto de los inte-

ligentes, porque nosotros no lo somos en grado bastante para apreciar esta materia, parece ser que solo el acto que ha compuesto el Sr. Arrieta es el que corresponde mejor á las esperanzas del público, que le aplaudió de buena fe. No lo dudamos, si se atiende á la justísima y merecida reputación que tiene adquirida este aventajado compositor.

El éxito en general de la obra en cuestión no ha sido del todo desfavorable.

En nuestra próxima Revista nos ocuparemos de los estrenos de los demás teatros, no haciéndolo ya en esta por falta de espacio.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Fig. 1.^a Traje de baile. — Vestido de tul rosa con sobrefalda de encaje blanco en forma de túnica, redonda de un lado y formando punta del otro. Falda bullonada alrededor y en la abertura de la túnica, con ramitos de rosas en cada bullon. Las mismas rosas forman una guirnalda en el lado que forma punta de la túnica y una carrera del lado opuesto. El cuerpo alrededor del escote está igualmente rodeado de rosas. La camiseta es de tul bullonada y las pequeñas mangas tambien. El adorno de cabeza, en forma de corona, se compone de rosas, formando un grupo en medio un poco de lado y caídas que bajan por detrás. Guantes blancos.

Fig. 2.^a Traje de baile. — Vestido de moaré azul. Salida de baile, de terciopelo royal blanco, ornada de un encaje negro formando dos órdenes. Dos blondas mas estrechas rodean el alto del abrigo, y más bajo un echarpe de terciopelo negro bordado de azabaches y guarnecido del mismo encaje, forma un lazo bajando en dos largas caídas por detrás. Adorno de flores azules seniejantes al color del vestido, forman un grupo sobre la frente y rodean el cabello por detrás. Guantes blancos.

ADVERTENCIAS.

Con este número y como regalo de Pascuas, repartimos á nuestras amables suscriptoras una leyenda en verso titulada *La Higuera de Villaverde*.

Al entrar en prensa nuestro número se ha roto el molde de la novela: con el próximo recibirán nuestros suscritores el pliego que en este dejan de percibir.

Editor propietario. — VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1892. — Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretit de los Consejos, 5, principal.



Ménil Imp. r. d'Anjou en l'île St. Louis

1031

LES MODES PARISIENNES

Coiffures de M.^{me} Alexandre Ghyo-Ceiffures et Heurs de M.^{me} Gilman
 Dentelles et Lingerie de la C.^{te} Royale - Rubans et Gants de la Ville de Lyon
 Corsets de la M.^{me} Simon - Chaussures de la M.^{me} Souverest - Jupons multiples de M.^{me}
 Pauline - Parfumeries et Eventails de Vagner Raboullée
 Cuviers de la M.^{me} Lavallo et C.^{ie}